

VANNI SANTONI

Para escribir hay que leer

Traducción
de Marilena De Chiara

Galaxia Gutenberg

Título de la edición original: *La scrittura non si insegna*
Traducción del italiano: Marilena De Chiara

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: septiembre de 2021

© Vanni Santoni, 2021
Publicado según acuerdo con Piergiorgio Nicolazzini Literary Agency (PNLA)
© de la traducción: Mariafilomena De Chiara, 2021
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2021

Preimpresión: gama, sl
Impresión y encuadernación: Romanyà-Valls
Pl. Verdaguer, 1 Capellades-Barcelona
Depósito legal: B 8502-2021
ISBN: 978-84-18807-08-4

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública
o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización
de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear
fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

—Si un joven de 15 años viniera a verle y le dijera: «Quiero ser escritor, aconséjeme qué debo hacer», ¿qué le diría?

—A semejanza de los maestros Zen, trataría de romperle una silla en la cabeza. Es posible que el joven comprendiera lo que hay detrás del silletazo; si a pesar de todo, mi respuesta no le resultase lo bastante clara, le diría que el solo hecho de buscar consejos ajenos en materia literaria prueba su falta de verdadera vocación.

JULIO CORTÁZAR,
entrevistado por Mario Vargas Llosa

(*Expreso*, Lima, 7 de febrero de 1965)

Introducción

En el primer borrador de este libro, la introducción narraba una breve historia. La de una revista autoeditada, cuyos miembros se volvían todos escritoras y escritores, menos uno, el que había decidido matricularse en una gran escuela de escritura creativa. Él, en cambio, se convertía en profesor de escritura creativa.

Aunque parezca una parábola, se trata de una historia real. Es sabido que «escribir es reescribir» –y aún más, borrar–, de modo que decidí eliminarla de la versión final, porque su irónico valor didáctico permanece incluso en este breve resumen y, también, porque se habría prestado a malentendidos. Si bien en este panfleto se argumenta que sólo se puede enseñar a pensar como un escritor –y no a escribir como tal–, empezar con una historia así podía, además, alimentar un mito que ha sido más potente que cualquier pre-

sunción relativa a la enseñanza de la «escritura creativa» para la multiplicación de legiones de aspirantes a escritor frustrados: el mito del escritor solitario y genial, que lucha con todas sus fuerzas contra una industria editorial sorda y corrupta que intenta obstaculizarlo a toda costa.

Desde el Romanticismo la propia idea de escritura se ha vinculado a una imagen –precisamente– romántica de la figura del autor, alimentada en los siglos siguientes por otros mitos incluso más radicales: una idea del todo incompatible con la de aprender el oficio en clase y por medio de módulos didácticos.

De aquella semilla y de aquellos mitos procede la idea de la escritura literaria como algo que no se puede enseñar. Cuando, hace treinta años, las primeras escuelas de escritura creativa empezaron a brotar en Italia –si queremos, como consecuencia de aquella «política de los principiantes» impulsada por Italo Calvino y, sobre todo, por Pier Vittorio Tondelli– algunos de los autores y críticos italianos más importantes de la época, se expresaban en estos términos, acerca de la cuestión:

Las normas se enseñan, pero la escritura [literaria] nace precisamente de la transgresión de estas normas. [...] El estilo nace de la exclusión. Y sólo la

personalidad individual puede otorgarse a sí misma el impulso propio del verdadero escritor.

GIOVANNI RABONI

Enseñar a escribir: ¿qué quiere decir? Es la traducción del *creative writing* norteamericano, y es una idea absolutamente equivocada. ¿Qué quieres aprender? Es mucho más importante leer diez, cien, mil libros, en fin, toda la literatura; y si uno no aprende así, significa que no es lo suyo, que nunca será escritor.

MARIO SOLDATI

Yo no creo [en la enseñanza de la escritura literaria]. [...] Así como no creo que se pueda enseñar a un adulto a crear. [...] Por supuesto, si tienes un manuscrito delante, puedes dar tu opinión, observar: esto me parece demasiado largo, esto otro, demasiado denso. Pero eso no es enseñar, sino simplemente dar consejos.

NATALIA GINZBURG

Estas escuelas las detesto, las detesto todas. [...] Creo que para defender el poco sentido que aún le queda a la escritura es necesario separarla al máximo de la idea de que se trata de un oficio.

FRANCO CORDELLI

No, no creo en ello. Escribir es una artesanía que no conoce maestros, al menos de un modo ponderable [...] Hay una carta bellísima que Chéjov le escribe a Gorkij: le explica cómo evocar el claror de la luna, tal vez a través de unos fragmentos de cristal que se reflejan en un muro. La lección es perfecta, pero claramente a Gorkij, que tenía una idea completamente distinta de literatura, no le sirvió para nada.

ENZO SICILIANO

Dudo de su utilidad y me pregunto si no sería preferible transformarlas todas en escuelas de lectura. Lo que falta son lectores: escritores ya hay demasiados.

LUIGI MALERBA¹

Se trata de diversos ejemplos de una misma actitud defensiva que, aunque contenga diversas verdades, hoy resulta prejuiciosa (y no poco). Parece responder a la voluntad de preservar un aura bajo amenaza. Los únicos que tenían una opinión distinta fueron Fruttero y Lucentini, quienes ya en

1. Testimonios recogidos por Marco Vallora, «Qualche agnostico fra tanti scettici» [Algún agnóstico entre tantos escépticos], *La Repubblica*, 22 de julio de 1989.

1985 habían sostenido que la enseñanza de la escritura «crecería exponencialmente y se convertiría en materia de formación». Y en efecto, así ha ocurrido. Basta para comprobarlo el número de escuelas y, si queremos, también la calidad de los cuerpos docentes, que incluyen a muchos de los mejores escritores y escritoras (es la confirmación de que ciertos prejuicios ya se han debilitado).¹

Desde Estados Unidos –donde la enseñanza de la escritura creativa se ha sistematizado tanto que hoy casi todos los escritores salen de los MFA, MA y BA en *Creative Writing* (donde también enseñan casi todos los autores reconocidos)–² llega una señal: la lengua se ha uniformado, las excepciones han desaparecido y la primera línea de la novela ha vuelto a Europa. Tal vez sea porque todo vuelve y también por la presión por publicar (y, en aquellos lares, por encontrar un agente),

1. O que trabajando para los periódicos ya no se gana como antes, claro.

2. El primer *Master of Fine Arts in Creative Writing* fue creado por la Universidad de Iowa en 1936. En 1994, ya había 64 programas. Veinte años después, 229, más 159 Bachelor of Arts (BA).

que se da valor a textos parecidos a los ya existentes; pero lo cierto es que la época de los titanes, de los Roth y Bellow y Morrison, de los DeLillo y Pynchon y McCarthy, se acabó, aunque se haya multiplicado exponencialmente la cantidad de principiantes «con formación de escritores».

En efecto, yo mismo, aunque imparta varios cursos, considero que no se puede enseñar a escribir. El motivo es uno, simple y definitivo: la vastedad infinita de las posibilidades de un texto narrativo implica que, asimismo, existan infinitas cosas que se pueden escribir de infinitas formas.

En consecuencia, como insinuaba veladamente Siciliano en su crítica, cada texto necesita encontrar sus propias estrategias. Y sólo entonces, poco a poco, valdrá la pena explicar cómo escribir la primera frase de un texto, cómo perfilar un personaje, cómo plasmar un buen diálogo y estructurar una escena, incluso cómo vertebrar un arco narrativo (¿cuántas malas novelas de fantasía han brotado de *El viaje del escritor*?).¹ El per-

1. Conocido ensayo de narratología del guionista Christopher Vogler, escrito a partir de *El héroe de las mil caras*, de Joseph Campbell.

sonaje dibujado de la manera (a) no es necesariamente apropiado para la novela (b); el íncipit formulado según la modalidad (x) no es necesariamente adecuado para la novela (y), y para esta última no funcionan el arco narrativo (k) o la estructura (n). Y si esto es cierto, se entiende que hay que huir cuando hablamos de deuteragonistas, secuencias, puntos de vista narrativos, fábula y trama, parataxis e hipotaxis. No porque no sean cuestiones interesantes –es más, son decisivas si hay que analizar un texto *a posteriori*–, sino porque este tipo de nociones no te convertirá en un escritor, a menos que las aprendas directamente leyendo.

William Faulkner, que no era para nada naíf –si se tiene en cuenta la cantidad de *técnica* que utilizaba en sus novelas, tanto a nivel estilístico como estructural– decía que «si un escritor está interesado en las “técnicas” debería dedicarse a la cirugía o a la construcción. No existen métodos mecánicos para escribir una novela, y no existen atajos. Un joven escritor que piense que es posible seguir una teoría es un imbécil».

Lo sano, cuando se empieza, es ser enemigo de toda teoría, y sobre todo de quien se adjudica la

pretensión de transmitirla: ¿qué serían las artes si no existiera, periódicamente, alguien que intenta transgredir las normas, romper los paradigmas, ridiculizar las academias?

Sin embargo, en los últimos años, he enseñado escritura creativa: he sido profesor invitado, he impartido cursos propios, hasta soy miembro del claustro de una escuela, bueno, de dos. ¡Has traicionado tus ideales de juventud!, gritará alguien, siempre y cuando haya alguien que todavía crea en los ideales, en la juventud y hasta en la literatura. Le contestaré contándole lo que pensé la noche antes de impartir mi primer curso de escritura, mientras miraba el techo de una habitación de hotel, invisible por la oscuridad. Pensé –con un punto de vanidad juvenil, ya que como escritor estaba muy verde, con apenas dos libritos publicados– que no se puede enseñar a escribir, pero que tal vez se puede enseñar a pensar como un escritor.

Llegado a este punto, y tras haber desarrollado esta intuición durante años, ya no creo que las escuelas o los cursos sean dañinos y tampoco que arreglártelas por tu cuenta sea el único camino correcto. Tiendo a pensar lo contrario: fundar una

revista autoeditada no te convertirá necesariamente en un escritor, pero si tienes la fuerza para inventarte una revista, convocar a gente para que se una a tu proyecto, escribir y discutir los textos en grupo, imprimir la revista e intentar promocionarla entre la gélida indiferencia del mundo a tu alrededor, entonces, probablemente, también tengas la fuerza para convertirte en escritor. Ninguna escuela, pues, le impedirá a quien está destinando a ser escritor que se convierta en uno y, del mismo modo, no convertirá a un no-escritor en escritor. Lo que quizás podrá hacer es reducir los tiempos, según cómo sea la persona en cuestión. Pero sigo creyendo que no habría que enseñar técnica, considero que hacerlo no es útil. Cada novela, cada cuento, cada texto de prosa o de poesía precisan la lengua, forma y estructura exclusivas que le corresponden y, por tanto, enseñar a componer un íncipit o a perfilar un personaje no resulta útil. No será malo, pero tampoco útil.

Esto no significa que un curso –o un manual– de escritura no puedan tener cierta utilidad, pero, recurriendo a una metáfora alimenticia, actúan como una suerte de complementos, porque a escribir se aprende sólo leyendo, y escribiendo. Y así, hablando de alimentos, llegamos al primer punto.